

PRECIO DE SUSCRICION.

EN MADRID.

Por un mes. 6 reales.
 Por tres id. 16
 Por seis id. 32
 Por un año. 60

La suscripcion empieza siempre en 1.º de mes.

ADMINISTRACION Y REDACCION,
 Huertas, 10, principal.

Para todo lo concerniente a la Administracion, dirijirse al Administrador D. Sebastian Casellas y Segura.

PRECIO DE SUSCRICION.

EN PROVINCIAS.

Por tres meses, directamente en la Administracion. 24 reales
 Por comisionado. 26

ULTRAMAR Y ESTRANJERO, un año, 6 pesos.

La suscripcion empieza siempre en 1.º de mes

ADMINISTRACION Y REDACCION,
 Huertas, 10, principal.

No se sirva suscripcion cuyo importe no se haya recibido en esta Administracion en letra ó sellos de franqueo.



GIL BLAS,

PERIÓDICO POLÍTICO SATÍRICO.

ADVERTENCIA.

Los suscritores de provincia, cuyo abono termina en agosto, se servirán renovarlo oportunamente, si no quieren experimentar retraso. La administracion tiene que dar de baja al que no haya renovado la suscripcion para el primer reparto del mes próximo.

Como suelen estraviarse muchas cartas con sellos, creemos que el medio mas seguro es una libranza sobre el giro mútuo ó sobre cualquiera casa de comercio de esta corte.

EL NUEVO JÚPITER.

I.

En el Olimpo.

Los dioses acaban de vestirse. Minerva se lava la cara, Pluton se corta las uñas, Mercurio se ata las alpargatas y Venus se da con la tohalla de idem.

En el reló de los tiempos, que siempre tiene cuerda, suena la hora fatal.

Mercurio.—¡Dioses inmortales!

Venus.—(Interrumpiendo.) Eso quisiera yo.

Pluton.—¡Calle la muy...!

El dios Pan.—Caballeros, al órden.

Todos.—En hablando Pan, todo el mundo boca abajo.

Mercurio.—Si Vds. me lo permiten, les anunciaré la llegada del hijo de... su madre.

Venus.—¡Que se me presente!

(Se presenta D. Leopoldo disfrazado de Júpiter.)

D. Leopoldo.—Aquí estoy yo.

Venus.—(Aparte.) Este dios no me hace tilin.

Marte.—(Dándole la mano.) Choca, compañero.

Leopoldo.—¿Puedo hablar?

Minerva.—Lo que es bien, no hablará Vd. nunca.

Leopoldo.—Vengo á despedirme de vosotros, dioses de misa y olla, y me largo á España armado del rayo.

Luzbel.—(Que por detrás se parece á Posada.) Yo me voy con Vd., compadre.

Leopoldo.—Andandito.

Pluton.—¡Alto ahí! ¿A qué vais á España?

Leopoldo.—A dar de comer al hambriento. Llevo en la mano el rayo, ó lo que es lo mismo, la revolucion. El dia que me pongan mala cara, abro la mano y dejo salir un trueno; si encuentro mas resistencia, doy largas á tres kilómetros de revolucion... y así que vaya consiguiendo mi objeto, iré encerrando otra vez el rayo entre mis dedos.

Luzbel.—(Que se parece á Posada.) Yo le ayudaré á llevar á cabo nuestra obra.

Leopoldo.—Que me toquen la marcha.

Euterpe.—¡Guerra, guerra al feroz africano!
 El nuevo Júpiter desciende del Olimpo. Luzbel, que se parece á Posada, se agarra á su casaca.

II.

Victoria en toda la linea.

Leopoldo.—¿Por dónde empezamos?

Luzbel.—Por el principio.

Leopoldo.—Pregunto que cuál es el principio.

Luzbel.—El que está antes del postre.

Leopoldo.—¿Cómo?

Luzbel.—Coma Vd., y ese es el principio.

Un obispo.—(Desenainando un Cristo.) Yo no reconozco á Italia.

Leopoldo.—Ya pareció aquello.

Luzbel.—Suelta Vd. un trueno.

Leopoldo.—Alla vá. (Abre la mano, suena un trueno, sale un rayo, y el obispo se mete en su concha, digo, en su diócesis.)

Luzbel.—Cierre Vd. ya la mano.

Leopoldo.—Pues recojo el rayo y á gasita.

III.

Tenorio.

Luzbel.—(Llamando.) ¡Júpiter, Júpiter! Si estará roncando... ¡D. Júpiter!

Leopoldo.—¡Que no soy sordo, canario! (Asomándose con gorro de dormir.) ¡Hola, es Vd.! ¿Qué le trae por mi quinta tan de mañana?

Luzbel.—¿No sabe Vd. la gorda?

Leopoldo.—Ni la flaca.

Luzbel.—Tenorio está en Zarauz.

Leopoldo.—¡Qué me cuenta Vd.!

Luzbel.—Es preciso arrojarle de allí.

Leopoldo.—Soltaremos un rayo.

Luzbel.—Sí, abra Vd. la mano.

(Al dia siguiente, veinte periódicos gritaban desenfrenados.)

Un periódico.—¡Zarauz!... Allí hay enemigos de la situacion...

Otro.—¡Obstáculos pérfidamente tradicionales!

La opinion pública.—¡Qué escándalo! ¡Qué alboroto! ¿Me quiere Vd. explicar eso de Tenorio?

Una voz. (En lo alto.)—¡Tenorio se fué!

Luzbel.—Cierre Vd. ya la mano, Júpiter.

Leopoldo.—Apago y vámonos.

(Consecuencia: los periódicos fueron denunciados por lo mismo que el dia anterior digeron con beneplácito de Júpiter.)

IV.

La vuelta del hijo pródigo.

Mercurio.—¡Dioses inmortales!

Pluton.—¿Qué nos quieres?

Mercurio.—Aquí llega Júpiter.

Leopoldo (entrando).—Con permiso.

Venus.—Vd. lo tiene, so esgalichao.

Leopoldo.—Todo queda arreglado á satisfaccion.

Luzbel.—Hemos hecho una gran campaña.

El Dios Pan.—¿Cómo queda el trigo?

Luzbel.—Por las nubes.

Marte.—En ese caso puedes rendir las armas. Vengan los rayos.

Leopoldo.—¡Calle! Ahora que caigo en ello... Con tanto abrir y cerrar la mano, se me han escapado, y andarán por España haciendo de las suyas.

Mercurio.—Me lo figuraba, hombre.

Venus.—¿Y quién se atreve ahora á recoger esos rayos, sin que se abra la mano?

Leopoldo.—El demonio que se atreva.

Luzbel.—No, lo que es yo no me atrevo.

Marte.—¿Tendré que ir yo á recogerlos? ¡A ver, que me traigan un ejército!

El Dios Pan.—¡Imposible! No hay soldados. Todos se han hecho milicianos nacionales.

Minerva.—Estamos perdidos.

Venus.—Yo sudo. (Se limpia con su tohalla.) ¡Yo no puedo vivir sin la tropa!

Mercurio.—Aun hay esperanza... ¡Llamaremos al duque de la Victoria!

Leopoldo.—(Cayendo redondo.) ¡Gran Dio, morir si giovanne!

Luzbel.—(Filosofando un poquito.) ¿Y para esto ha trabajado el diablo?

(Se corre una nube, y el Olimpo queda á oscuras.)

Luis Rivera.

LA ARMONIA.

(Sociedad nea.)

Se levanta la sesion. El presidente reza la letanía, y los sócios hacen dos cuartos de lo mismo.

Se lee el acta de la sesion anterior. Se da cuenta de los neo-católicos que están sobre las armas, y la estadística católico-revoltosa, arroja una suma total de diez y seis individuos en la península é islas adyacentes.

Un señor bastante feo pide la palabra. Se le concede, y comienza de esta manera:

Señores: Grande es mi sentimiento al verme colocado en este sitio; pero ¿qué le hemos de hacer? Por todo pasa uno. ¡Yo soy neo-católico desde que el mundo es mundo! (Sensacion. Codazos. Algunos sócios escupen de entusiasmo.)

¿Conocisteis vosotros á Torquemada? Yo no tuve el honor de conocerle; dichosos nuestros padres que le conocieron; pues si no me equivoqué, fué contemporáneo de Pepe Hillo. ¿Y quién será el que se atreva á

negarme la influencia que el papel de estraza puede tener en una civilización nueva? Sí, señores; con un papel así, me río yo de todas las prensas y de todas las máquinas de imprimir. Porque... no lo dudeis; la imprenta es un mal. (*Señales de aprobación. Un seminarista se desmaya.*)

Yo estoy convencido hasta encima de la copa de mi sombrero, de que si el espíritu liberal no fuera hoy el rey del mundo, ni *La Democracia* me diría cuatro verdades, ni *La Iberia* me pondría las peras á cuarto, ni *La Discusión* me buscara el bulto, ni GIL BLAS tendría una suscripción tan numerosa como la que tiene. (*Aplausos. Alaridos de gozo. Vértigo general.*) Pues bien, señores; llegado es el caso de que todos á una, decididos como quien va á comer á la fonda del Sur, nos pongamos las botas, como dice el vulgo, nuestro enemigo. (*Varios socios que llevan zapatos, se retiran precipitadamente del salón.*) ¿No hay un proverbio que dice «á Dios rogando y con el mazo dando»? ¿No hicimos en la Rápita lo mismo, ni mas ni menos que aquel que hizo lo que pudo y no hizo nada? ¿Pues por qué no hemos de intentar una lucha que deje avergonzado al elefante que ha luchado en Huesca con un toro de siete años? ¡Ah! ¡señores! *Ordo ducit ad deum*, y el que mas pueda, que se la lleve. Viván las cadenas, y digamos con el ángel: «*Abre, María.*»

La reunión, ébria de placer, frenética, fuera de sí aplaude al orador, le abraza, le besa, le muerde; y hay quien propone que se le erija una estatua ecuestre, en calzoncillos. Pasemos por alto dos ó tres discursitos que pronuncian otros tantos oradores, y oigamos á los poetas. ¡Oh! ¡Quién tuviera el genio y la inspiración de Estrada, la elocuencia de Armero, y la elegante forma de Camprodon, para decir algo en elogio de aquella juventud incandescente!

Oigan Vds.,—y perdonen.

Se adelanta un caballero vestido de negro, y llevando en la mano una composición que tiene por epígrafe estos dos versos de un conocido escritor:

Yo soy joven, y tanto, que hay un pleito, sobre si ya me afeito ó no me afeito.

Y después de citar estos dos versos, lee las siguientes décimas:

Yo soy joven; y he nacido
como nace todo el mundo;
pero yo creo, y me fundo,
que soy, ¡ay Dios! elegido.
No quiero decir que haya yo creído,
que me elijan senador,
sino que por mi fervor
y leer *El Pensamiento*
creo que soy, y no miento,
elegido del Señor.

¿Visteis en el mes de abril
crecer entre los fulgores
del sol que cuida á las flores,
un sensible peregril?
Pues lo mismo en el pensil
de esta nación y su grey
realista de pura ley,
hijo de padres honrados,
me doy con el niño de la bola de bocados
por la inquisición y el rey.

¡Bravo! ¡Bravo! gritan los socios mirando con gemelos de doce cristales al poeta. Este se retira, y da paso á otro que anuncia que va á leer una oda á la memoria de Felipe II, y de la cual, para evitar disgustos, no trasladaremos aquí mas que algunos trozos de los mejores.

No las damas, no amor, no gentilezas
de caballeros canto enamorados,
ni tampoco el valor y la grandeza
de algunos perillustres resellados.
Quiero cantar al primer rey del mundo,
al gran Felipe, de apellido segundo.

¡Aquel sí que era un rey! De una mirada
volvía vizco al sol. Cuentan que un día
le arrimó á un primo suyo una puñada
que en sangre le bañó toda una encía.

Cierto es que tuvo algunos trapicheos,
y la princesa de Eboli era guapa;
pero, ¡ah! señores neos,
¡qué encíclica, gran Dios, le soltó el papa!

Un nuevo vate aparece en el centro de la sala como llovido del cielo y lee:

Imitación de Frey Lope Félix de Vega Carpio.

A San Sebastian me voy,
de San Sebastian me vengo,
porque para andar conmigo
me bastan cinco ó seis neos.

Otro poeta lee una composición que principia de esta manera:

Oh María
madre mía,
ya ves que yo rezo
la letanía.

Soy puro y honesto,
sobre alhajas presto,
y á real por duro
saco á cualquiera
de cualquier apuro.

Decirles á Vds. todo lo que allí se dice, fuera cuento de nunca acabar; pero para muestra basta un botón, y creo que les he regalado una botonadura de lo mas decente que hoy se hace en su género.

Eusebio Blasco.

Y LLEVO SIETE.

¿Conque han corrido una mona
los neos en Uldecona?
mucho el asunto promete;
¿otro Carlos se corona?
pues con este llevo siete.

Sumemos sin vacilar
para que el mundo lo entienda,
y si sabe y há lugar,
señor ministro de Hacienda,
ayúdeme usted á sumar.

Sume Vd. aquel maton
que al grito de religion
llevó á Alemania el estrago
y los moros á un rincón,
muriendo como un monago
de resultados del ayuno...
y llevo uno.

Añada Vd. aquel rorro
fanático sin saber,
mezcla de tigre y de zorro,
que, según se deja ver,
solo tuvo grande el morro,
y eso porque quiso Dios...
y van dos.

Coloque Vd. en seguida
al que justo como honrado,
dejó al acabar su vida
á Madrid tan aumentado
como á España disminuida
y de estraños á los piés...
y llevo tres.

Sumemos aquel maulon,
cazador, y no de gangas,
que dió sin humillación
á cambio de uno de mangas
su corte á Napoleon,
como quien vende un teatro...
y van cuatro.

Y haga usted al llegar aquí
un punto casi redondo,
que como el asunto es hondo
quiero sumar para mí.

Sumo al que en discordia impía
mientras la sangre corria,
tranquilo estaba en Ofiate,
tomándose un chocolate
con el pan... de cada día,
entre si brinco ó no brinco...
y llevo cinco.

Añado á la colección
el que vino en la tartana,
y no se fué en carreton
porque hizo una abdicación
de la noche á la mañana...
que olvidó como sabeis;
y van seis.

Sumo por fin al rapaz
que vive por gente audaz
engañado como un chino,
sin usar otro disfraz
que el de la sombra de Nino,
y haciendo en serio el sainete,
y llevo siete.

De estos siete que me llevo
lo menos seis os regalo;
y si con uno me atrevo,
es por si en un trance nuevo
me hace falta un rey de palo.

Ya tengo cetro y corona,
venga una escoba de caña
alta como una persona,
y pronto daré á la España
un rey como el de Uldecona.

M. del Palacio.

EL MONTE CARMELO.

Inmediato á la impía Barcelona, rodeado de soledad, y en medio de bulliciosos pueblecitos, asoma la mirífica gaita el Monte Carmelo.

¡Bonito nombre!

El monte no es del todo áspero, por lo cual no es de estrañar que no tire á él la lasciva cabra á pacer el *cytisum amarum*, y sí unos buenos cristianos que venden escapularios.

La reja del monasterio de Monserrat, y perdónese la digresión, era desde muy larga fecha productiva.

Allí se acrisolaba muy especialmente, y casi sin competencia, la piedad de los fieles.

La venta de objetos bendecidos atraía á la reja gran copia de concurrentes.

Rosarios, medallas, relicarios, sortijas, libros, santos Cristos, escapularios, cintas con la medida de la Virgen, muy útiles para las preñadas, libros, folletos y otras preciosidades que no recuerdo, constituyen el fondo mercantil de la empresa.

La reja de Monserrat imperaba sin rival, constituyendo, si así puedo espresarme, un devoto monopolio.

La afición á la imagen de la Virgen iba en aumento, á medida que los catalanes se apartaban de la antigua idolatría, y esa afición, ó mayor devoción, crecía de punto, en términos que inspiró el siguiente raciocinio, tan sesudo, tan profundo y tan sencillo, que parece inspirado por el mas puro amor al que todo lo puede.

Hé aquí el raciocinio:

Gran devoción inspira la imagen de la Virgen de Monserrat, y gran producto rinde en su monasterio la venta de objetos bendecidos.

Grande es también la devoción que inspira la imagen de la Virgen de la Bona Nova; ¿por qué no había de ser también productiva la venta de objetos bendecidos en su templo?

Y como el carácter español es tan emprendedor, y sobre todo tan animoso en materias de fé y de vender y comprar, amaneció un día la iglesia de la Bona Nova con su despacho de objetos bendecidos, y es una bendición el ver la marinería, la agricultura, la beatería, en fin, las clases mas poseídas de verdadera fé, como acuden á dejar el cirio y la pierna y el ojo de cera, y el cuadro de ex-voto; al paso que se llevan por un precio, que creo que mas que precio es limosna, los escapularios, los relicarios, las crucecitas, y por último, lo referente á ese ramo,—todo aseadito y bendecido.

Dignas competidoras ambas rejas, ofrecían á la piadosa muchedumbre cuanto de santo ofrecer podían á cambio de ese vil metal que llaman oro.

Mas en tanto...

Aquí termina la digresión.

Mas en tanto Vallcarca yacía solitario, frecuentado solo por gente merendadora y bromista, por lo general poco religiosa; gente de aquella que no sabe de



FINAL DEL 1º ACTO DE DON JUAN TENORIO, DRAMA ORIGINAL DE DON JOSE ZORRILLA.

Tenorio — Conque, quedamos
en que la apuesta está en pié

Ovellaneda — Parece juego ilusorio
Centellas — Sin verlo no lo creería
Ovellaneda — ¡Pues yo apuesto por Meña!
Centellas — ¡Y yo ponço por Tenorio!

la misa ni siquiera la mitad, por mas que coma y beba.

Vallcarca tenia su Monte Carmelo.

Inmediato á la impia Barcelona, rodeado... pero no, eso ya lo dije al empezar.

En una cueva del Monte Carmelo, en una cueva que mas debería ser albergue de foragidos que mansion de justos... se venden ahora escapularios.

Un cartel en forma de bandera, dice en grandes caracteres, que el que lleve el escapulario se salvará.

Los hay de varios precios.

Un individuo, á quien llaman el prior, duerme en la cueva ó gruta sobre una estera, y tiene por todo adorno un crucifijo, una calavera, y un cleriguillo de osos de barro que se venden en ferias.

El prior tiene habilidad para echar del cuerpo los malos espíritus, y para confirmar sin ser obispo; pues ha confirmado aquella teoría de Feijó, el cual asentaba que donde aparece un exorcista, es donde aparecen inmediatamente los poseídos.

Desde que el hisopo ha recobrado su virtud en el Monte Carmelo, la fama pregona glorias suyas, har-to tiempo ¡ay! olvidadas.

Hoy es una niña de doce años; mañana un hom-brachon robusto y atlético; al otro día una sesentona.

Cuéntase que ha arrojado de la ermita á una bruja, que antes nadie habia visto por los andurriales aquellos.

Nárrase que exorcizó á uno á quien le habian embrujado por los zapatos, y que á su voz el calzado saltó violento lejos del bendito asilo.

Ayúdanle unos pocos hermanos de rostro muy bello para el caso, de corazon sencillo y de fé sincera sin mezcla de algodón.

La venta de escapularios cunde.

Las gentes de los alrededores oyen las pláticas del prior, pláticas tan poco gratas á los mundanos, que ya escitan la malevolencia de los periodistas.

La autoridad civil siente su pequeñez terrenal; y estática y absorta deja abandonados á sus propias fuerzas á los solitarios del Monte Carmelo, que siguen admitiendo donativos, echando demonios, y vendiendo escapularios.

Roberto Robert.

CABOS SUELTOS.

Ya habrá llegado Alvareda al Haya.

La primera vez que fué al Haya Alvareda, debió su nombramiento á Narvaez.

La segunda vez se lo debe á O'Donnell. ¡Arsa, pilili!

Al salir de Madrid Alvareda ha debido cantar por el camino, acompañando la música de *Las astas del toro*:

Con un quiebro á la conciencia
y una buena credencial,
y buen vino de Burdeos
y una jembra resellá;
en Sanlúcar, ni en Siviya
no hay un moso de este aquel
que se compare conmigo
en mudar de parecer.

Por eso á O'Donnell
que es receloso
hoy largo el trapo
y salgo airoso.

Fué ayer mi amigo
Gonzalez Brabo,
hoy es O'Donnell
y otros muchachos.

Parece mentira,
pero no lo es
que tengo un destino
que no hay mas que ver.

Coro.—Pues eso es,
pues eso es,
que es bueno resellarse
para comer.

El Haiga 10 de agosto de 1865.

Zeñó D. Leopordo:—Aquí estoy, porque he venido. Los naturales del país me van teniendo mucha querencia. Ayer fui á ver al rey, y el rey estaba en puerta, por lo cual no pude hacerme presente, pero me haré pasado, y es lo mismo. Se me figura que pronto voy á hacer de las mias escapándome á esa córte para poder trastear un bicho en los Campos. Aquí no hay mas toros que algunos amigos de mis amigos. De Valera he sabido ayer, y me dice que está escribiendo un libro titulado: *De la agricultura aplicada al teatro*. Por lo demás, todos estamos delicados. Póngame V. á los piés de Doña Manuela.»

La Soberanía ha escrito contra las casas de juego. Mientras exista la lotería y el gobierno talle, el mal no tiene remedio.

La Soberanía debe recordar que en el juego de los partidos en el poder, nos han echado el pego.

Este es el juego gordo.

Los liberales deben estar alerta para evitar una encerrona.

Ya estoy cansado de ver siempre el mismo *albur*, O'Donnell y Narvaez.

Tengo ganas de un *entres* dentro.

¡Si me echáran á lo menos un *elíjan* de tiros!

El Sr. Rubí está escribiendo un drama titulado *Hernán Cortés*.

Se asegura que en dicho drama han de salir varios negros.

El general O'Donnell lo sabe.

Así, pues, señor Rubí, es inútil que Vd. quiera ver su drama en escena. En cuanto salgan los negros tiene Vd. en contra al *Diario Español*; y el general Gándara, de órden de D. Leopoldo, los hará albondiguillas. A tal extremo hemos llegado.

Un señorito heo
se libró de soldado por lo feo.

¡Oh lector! no te asombres...

¡No hay Dios que pueda con algunos hombres!

Diálogos sotto voce entre el público que oye la

MUTTA DI PORTICI.

—¿Y no hubo medio de hacer hablar á esa pobre criatura?

—No, señor.

—¡Ah! si entonces hubiera vivido el general O'Donnell, le da un destino, y es probado.

Loja 25 de agosto.

Ar zeñó *Leon Español*: Man conta, zeñó Pepe, que toas las noches ze jarma un motin en la ópera que yaman la *Mua de Pichimi* (*Mutta de Portici*).

Me la ténia tragá, hombre: farto yo de Madril, y jasta las muas arborotan.

¿Y qué jazen que no me yaman?

¡Un motin, y yo no zoy ministro!

Er mundo está perdío. Conque, zeñó Pepe, meta osté ruio con er *Leon*, eze periódico tan grande como osté, y cazi tan atrevío como yo. Zuyo, RAMON.

No ha dejado de estrañarme el grito que han dado los neos en Üldecona.

¡Viva Carlos VII y la religion!

Lo mismo que si hubieran dicho:

—¡Viva el cólera y los cigarros de á tres cuartos!

Por servir á la *Union*, un cura terne se va á quedar como el señor de Albuerno; es decir, ni envidiado ni envidioso, mas condenado siempre á hacer el oso.
¡Ay, ay, ay, padre Aguayo!
¡Vaya usté haciendo de su capa un sayo!

Los moderados quisieron
esterminar á GIL BLAS,
pero no lo consiguieron;
los unionistas vinieron,
y nos castigaron mas.

Guarda para su regalo
esta sentencia un autor:
si manda Narvaez, malo;
si manda O'Donnell, peor.

Quisiéramos que *La Correspondencia*, que todo lo sabe, nos dijera si es verdad ese escándalo inaudito que por ahí se refiere sobre haber mandado el corregidor de Madrid suspender á viva fuerza las obras que en uso de su derecho estaba llevando á cabo el nuevo propietario del cerrillo de San Blas.

El mismo derecho creemos que tiene para esto el corregidor de Madrid, marqués de San Saturnino, que para escribir un artículo en el GIL BLAS y obligarnos á publicarlo.

En ambos casos merecería, cuando menos, ser silbado.

Por fin saldrá *La Dinastía* á principio de setiembre. Lo primero que ha hecho el nuevo adalid es enviar una circular pidiendo apoyo á los hombres de órden.

¿Lo ve Vd.?

Por eso no me gusta ser hombre de órden.

Todo el mundo se cree con derecho á pedirle á uno un favor.

Cuando salió GIL BLAS á luz, dió un prospecto, y los suscritores acudieron espontáneamente.

¿Por qué no lo hace así *La Dinastía*?

¡Cielos! ¿Si temerá no encontrar parroquianos?

El Sr. D. Juan de Dios de la Rada y Delgado (*eché Vd. nombres*) corresponsal en Zarauz de *La Correspondencia*, y cronista del viaje de la Córte, nos escribe una carta diciendo que no son suyos los versos que le atribuíamos en un cabo suelto del núm. 37 correspondiente al 12 de agosto.

¿Con que no son suyos?

¿Pues de quién diablo podrán ser?

Parece mentira que unos versos tan malos no sean del Sr. Rada y Delgado.

Es la primera vez que este poeta ha defraudado las esperanzas del público.

Para consuelo de GIL BLAS, el Sr. Rada y Delgado tiene donde escoger.

En el liceo de Granada leyó unos versos, que luego publicó en el *Album* granadino, titulados: *La trenza de sus cabellos*, en los que dice:

No estrañe el señor Rubí
que de sus títulos bellos
uno tome para mí;
no solo son para sí
la trenza de sus cabellos.

Despues de esto, comprenderá el Sr. Rada que el director de GIL BLAS no abriga saña alguna contra él.

Es cuestion de versos, y el Sr. Rada sabe que no todos los talentos son para sí.

No es verdad, como asegura un periódico, que el Sr. Alonso Martinez ha ofrecido su proteccion, en las próximas elecciones, á cuarenta y siete amigos.

Una sola reflexion basta para pulverizar este cargo.—El Sr. Alonso Martinez no ha tenido jamás cuarenta y siete amigos políticos.

El autor de esta noticia ha debido confundir al Sr. Alonso Martinez con el Sr. Martinez de la Rosa, que en efecto tuvo muchos amigos, ó con Martinez el prestamista, que tambien los tiene.

Si el Sr. Alonso Martinez tuviera, no ya cuarenta y siete amigos, sino uno solo, ¿continuaría siendo ministro?

Ha llegado á Madrid nuestro querido amigo don Pablo Iradier, tan alegre como de costumbre y tan gordo y colorado como no acostumbraba.

¿Por qué ha engordado Pablo?

¿Será porque se ha casado, ó por burlarse de los que le creíamos condenado á perpétua flaqueza?

Viene Pablo de la isla de Cuba con licencia, segun nos dice. ¡Con licencia él, que jamás la ha necesitado para nada!

Sin duda nos han engañado. No debe ser Pablito... ¡Alguno ha tomado su nombre! ¿Tendremos otra causa como la de Fontanellas?

GALERIA DE CONTEMPORANEOS.

Número 22.

No seré yo quien diga que es un zote, yo que he rendido culto á su talento cuando, dueño de ageno pensamiento, de las reformas me ofreció gran lote.

¿Qué es el pueblo para él?—¡Es un monote!

¿Qué es la palabra prometida?—¡Un cuento!

¿Qué son la fé y el entusiasmo?—¡Viento!

¿Y la ley por provincias?—¡Un pegote!

Con él no hay libertad que no peligre;

con él no hay ley que al escritor socorra;

con él toda verdad fuerza es que emigre.

Gran sofista y político de gorra,

si tarda algo en nacer, nace ya tigre...

¡Hoy es un lobo con la piel de zorra!

Por todo lo no firmado,

EUSEBIO BLASCO.

EDITOR RESPONSABLE, J. ANTONIO GARCIA.

Imprenta del mismo, Almirante, 7, bajo.

MADRID.—1865